

El Canto de los Delfines



Numero 4, 2018

Derribar es construir

Acela Barrón-Camacho

Recuerdo que la mitad de mí rompió la barrera de la espera, la otra mitad de mí rompió la barrera de la velocidad. Luego, rompí la barrera de la forma, de ser una célula a un ser complejo; aunque he de admitir que no me daba cuenta de cada barrera que rompía hasta tiempo después. Un día rompí la barrera de los medios, pasé de un medio acuático a un medio aerobio; fue un día muy importante porque también ese día rompí la barrera del sonido y la comunicación. Con ese grito declaré que estaba lista para todo lo que viniera después, bueno o malo.

En menos de un año rompí la barrera del lenguaje y claro, teniendo cuatro hermanos mayores y cuatro adultos a mi alrededor, no fue difícil. Fue muy divertido cuando rompí la barrera de la movilidad, aproximadamente por la misma fecha, las pobres de mi madre y mi hermana fueron las que sufrieron, pues a partir de ese momento ya nada pudo detener mi andar, mi trepar, mi correr, mi esconder, mi venir, mi bailar. Todavía cuando patino sobre ruedas recuerdo esos momentos teporochos, solo comparables con mis sueños en los que vuelo. Sí, recuerdo cómo sentía emoción y miedo al mismo tiempo, mientras me movían las paredes y las cosas. A partir de este momento, todo se convirtió en un investigar sabores y sensaciones, al mismo tiempo que experimentar sentimientos. ¡Ah! Lo olvidaba, también empecé en estos tiempos a luchar contra la barrera de la dependencia; la cual creo que es una de las barreras más metamórficas de toda mi existencia.

Antes de romper la barrera del analfabetismo, esta me parecía infranqueable y dejé que me llevara la vida; hasta que dos meses después de iniciar la escuela mi madre pegó tremendo grito y dijo ¡ya sabes leer!, pero todo se compensó cuando mi padre dijo, ¡pero todavía no sabe dividir, ni multiplicar! La importancia de este momento fue que me di cuenta que hay barreras que cruzamos, pero solo nos damos cuenta de ello a través de la voz de otros y que la importancia de cruzar esa barrera a veces la visualiza quien está alrededor de nosotros y no nosotros mismos.



Una vez con la conquista de la lectura el mundo tomó mucho interés, pero era restringido. Cuando terminaba de leer todos mis libros de texto, no había más. Había que esperar una semana para que de pronto llegara al barrio una *Rarotonga*, un *Libro Vaquero*, un *Águila Solitaria*, una fotonovela, una *Pequeña Lulú*, un *Sal y Pimienta*, un *Kalimán*, una *Alarma*, un *Archi*, un *Memín Pinguín* y los domingos un cuento clásico en un puesto de revistas del mercado. Un día se fue del barrio un médico que estaba haciendo su servicio social y le regaló un tomo de una enciclopedia al Pollo, mi vecinito. El Pollo hizo un regalo maravilloso, me lo dio a mí. Este fue mi primer libro que no era de la escuela, aquí se rompió otra barrera, ahora podía leer de astronomía y muchas cosas más que no se mencionaban en *Rarotonga*, fue como brincarse por una barda, sí porque las bardas son barreras y porque en esa época brincábamos muchas bardas para explorar otras casas y descubrir insectos.

Pasaron cuatro años y vino una barrera muy difícil, la que hoy en día se conoce como el *bullying*, en mi época eran los *niños groseros*. La solución de la época era no hacerles caso y aguantar, pero este es un proceso que destruye. Afortunadamente terminó después de dos años cuando la maestra nos puso a trabajar en equipos y los *bullying* empezaron a estar separados entre sí y a hacerse amigos de los que molestaban. La maestra no se dio cuenta de lo que hizo, pero lo hizo muy bien; contribuyó a derribar una de mis barreras y a contribuir en la construcción de mi vida. La justicia y el trato humano y compasivo siempre están derribando barreras en el mundo y ayudando a levantar voces, aunque nadie lo perciba.

Sobre La Autora

Acela nació y creció en Sinaloa, México. Después de la preparatoria se mudó a la ciudad de México para estudiar en la UNAM y posteriormente emigró a EE.UU.

